

Visiones y hallazgo  
de la tumba del sabio

Mutis

Héctor López López  
Nicol Julieth R. Urrea

2.



**Presidente**

Padre Diego Jaramillo Cuartas, cjm

**Asesor Académico**

Alberto Gómez Gutiérrez

**Secretario**

Leonidas López Herrán



**Presidente del Consejo de Fundadores**

Padre Diego Jaramillo Cuartas, cjm

**Rector General**

Padre Harold Castilla Devoz, cjm

**Vicerrectora general académica y de**

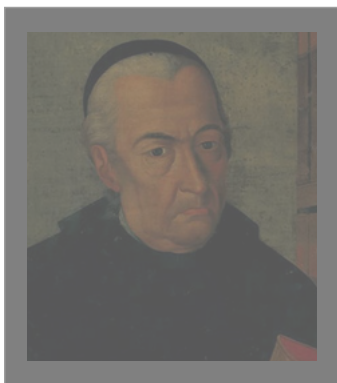
**Asuntos Estudiantiles**

Stéphanie Lavaux

# Visiones y hallazgo de la tumba del sabio

# Mutis

*Héctor López López  
Nicol Julieth R. Urrea*



Héctor López López  
Visiones y hallazgo de la tumba del Sabio Mutis / Héctor López López,  
Nicol Julieth R. Urrea. Bogotá : Corporación Universitaria Minuto de Dios -  
UNIMINUTO, 2023.

49p. : il.; Colección Hojas Mutisianas

1.Mutis, José Celestino -- 1732-1808 2.Cuentos Colombianos 3.Literatura  
Colombiana 4.Ficción en literatura 5. Novela Fantástica -- Colombia 6.Tumbas  
-- Novela i.R. Urrea, Nicol Julieth.

CDD: Co863.7 H32v BRGH  
104716

Registro Catálogo Uniminuto No.

Archivo descargable en MARC a través del link: <https://tinyurl.com/bib104716>

Título: Visiones y hayazgo de la tumba del sabio Mutis

Autor: Héctor, R. López López

Nicol Julieth Urrea

Coordinación de la obra: Leonidas López Herrán

Subdirectora Centro Editorial: Pilar Montoya Chacón

Diseño: Ricardo Molina Sanchez

Diagramación: Andrea Sarmiento Bohórquez

Imagen de portada: Fachada de la Iglesia de Santa Inés de Montepulciano, 1538-  
1910 Bogotá, en Alberto Escovar, Margarita Mariño César y  
Peña, Atlas histórico de Bogotá, Planeta y Corporación la  
Candelaria, 2004, p. 106

Colección Hojas Mutisianas :

Primera edición: Marzo 2023, Bogotá, D.C.

Impreso: Editorial Minuto de Dios

Corporación Universitaria Minuto de Dios - UNIMINUTO

Calle 81B No. 72B - 70

Teléfono (571) 291 6520, extensión 6012

Bogotá, D.C.

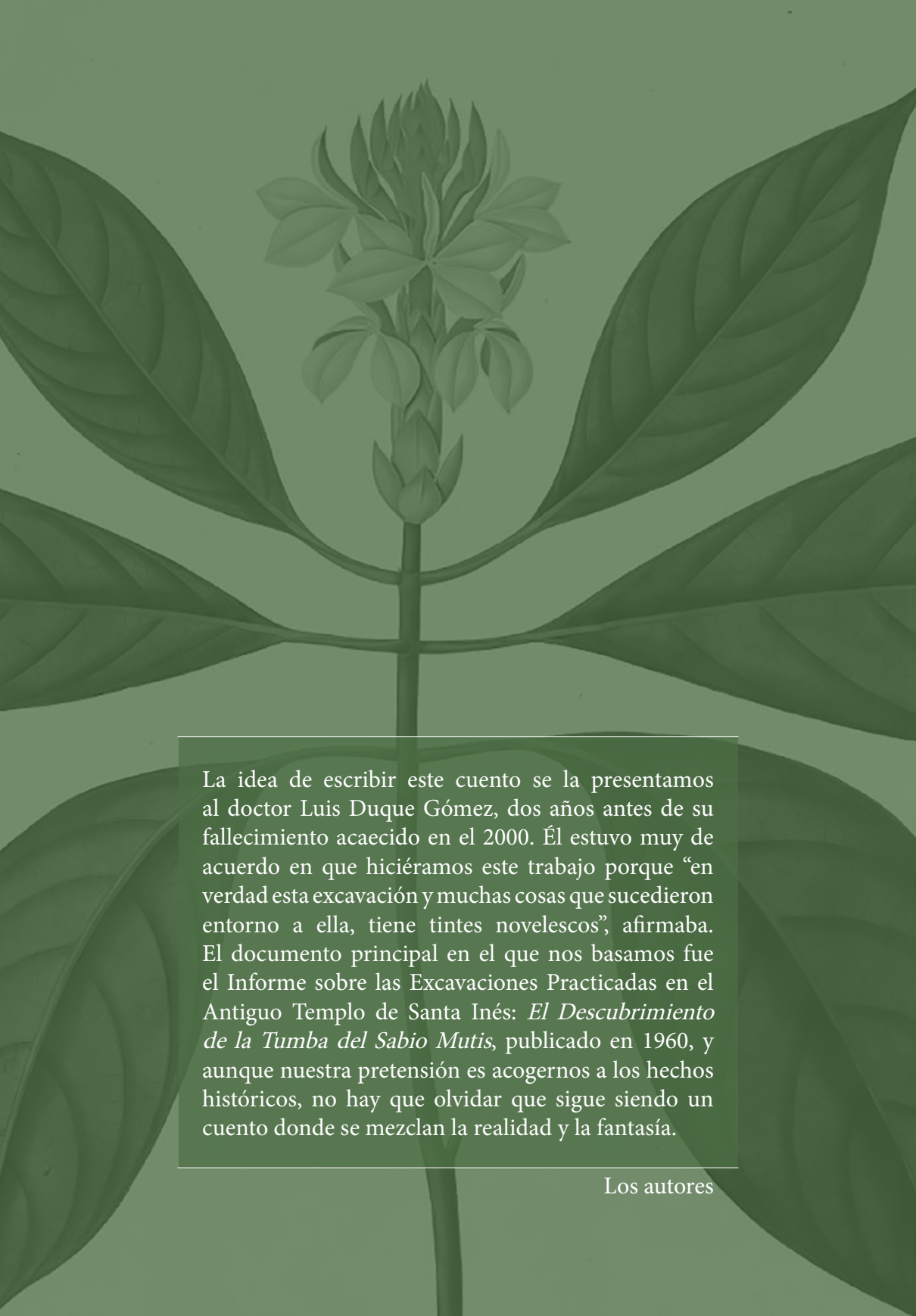
® Comisión Mutis y la Corporación Universitaria Minuto de Dios - UNIMINUTO. Todos los documentos publicados en este libro Visiones y hayazgo de la tumba del sabio Mutis fueron seleccionados de acuerdo con los criterios de calidad editorial establecidos en la Comisión y en la Institución. El libro está protegido por el Registro de propiedad intelectual. Se autoriza su reproducción total o parcial en cualquier medio, incluido electrónico, con la condición de ser citada clara y completamente la fuente, siempre y cuando las copias no sean usadas para fines comerciales, tal como se precisa en la Licencia Creative Commons Atribución - No comercial - Sin Derivar que acoge UNIMINUTO.

# Visiones y hallazgo de la tumba del sabio

# Mutis

*Héctor López López*  
*Nicol Julieth R. Urrea*





La idea de escribir este cuento se la presentamos al doctor Luis Duque Gómez, dos años antes de su fallecimiento acaecido en el 2000. Él estuvo muy de acuerdo en que hiciéramos este trabajo porque “en verdad esta excavación y muchas cosas que sucedieron entorno a ella, tiene tintes novelescos”, afirmaba. El documento principal en el que nos basamos fue el Informe sobre las Excavaciones Practicadas en el Antiguo Templo de Santa Inés: *El Descubrimiento de la Tumba del Sabio Mutis*, publicado en 1960, y aunque nuestra pretensión es acogernos a los hechos históricos, no hay que olvidar que sigue siendo un cuento donde se mezclan la realidad y la fantasía.

Los autores

**L**a noticia lo tomó por sorpresa, no tanto porque el hecho no fuera previsible sino porque nunca se imaginó que le tocara a él, precisamente a él, lidiar con la situación. Pasó mala noche y apenas si dejó que amaneciera, cuando decidió trasladarse a su despacho antes de que las campanas de la Catedral Primada llamaran a misa de siete. Colgó la chaqueta en el perchero y comenzó a sacar varios libros y documentos de los anaqueles que le servían de biblioteca.

Al fin de cuentas, en los últimos años no había hecho nada distinto que rastrear cuanta publicación existía sobre la vida y obra de José Celestino Mutis, quien se había convertido en una de sus obsesiones intelectuales, y que además lo llevó a la conclusión de que el Sabio era el segundo descubridor de América. De hecho, durante las celebraciones del 12 de octubre de 1942 en conmemoración del descubrimiento de América, Guillermo Hernández de Alba se dedicó a dictar conferencias exponiendo su teoría y haciendo evidente su postura comprometida con la historia de don José Celestino y, al mismo tiempo, divulgando sus conocimientos sobre el país, mérito que le valió ser nombrado director de la Academia Colombiana de Historia.





## Visiones y hallazgo de la tumba del sabio **MUTIS**



Foto: Alejandra Zapata - Utadeo



Atareado lo encontró su secretaria y se sorprendió de la manera casi mecánica como respondió a su saludo. Lo veía con el ceño fruncido y, sin atreverse a preguntar, se limitó a tomar nota de sus órdenes. Si algo distinguía a su jefe, reflexionó Teresa, era su amabilidad y buenas maneras, pero esa mañana había algo en su rostro que denotaba enorme preocupación.

— Necesito que programe una cita de urgencia con el doctor Luis Duque Gómez a las dos de la tarde, aquí en la oficina.

— Comuníqueme con la policía y con la Curia Metropolitana de Bogotá — dijo sin apartar sus ojos de un montón de papeles, extendidos ya sobre el escritorio, mientras otros caían al piso.

Unos minutos después Hernández de Alba ponía al tanto de la situación a los que consideraba podrían ser sus aliados en tan difícil momento. Habló primero con la Arquidiócesis de Bogotá y luego con la policía. Una y otra le ofrecieron apoyo y se comprometieron a aplazar la fecha de demolición del templo de Santa Inés, pues según lo había anunciado telefónicamente la tarde anterior el propio secretario general de la Alcaldía, los terrenos se requerían para ampliar la carrera décima.

Hasta finales de 1956, Santa Inés era una de las más emblemáticas e imponentes iglesias de Bogotá. Sus orígenes se remontaban a finales del siglo XVII cuando fue construida para las hermanas dominicas de Santa Inés de Montepulciano, muy cerca de la Catedral y de la Plaza de Bolívar; siglos más tarde, a comienzos del XX, su nombre denominaba también un importante sector residencial de la ciudad.

El interés de Hernández de Alba por el templo e iglesia iba más allá de su valoración como símbolo religioso, patrimonio histórico y arquitectónico de los bogotanos y por las innumerables reliquias, ornamentos y rarezas que, como la mayoría de los





templos de la Colonia, albergaba. Lo que pocos sabían era que su devoción por el extraordinario lugar condenado a muerte, no era tanto por las historias que se tejían sobre sus tesoros artísticos, que en sí mismos ya eran importantes sino porque sabía que allí reposaban los despojos mortales de José Celestino Mutis, el sabio español que tanto admiraba y al que le seguía el rastro hasta en el más mínimo detalle.

Para muchos el afecto de Hernández de Alba por Santa Inés pasó casi desapercibido hasta cuando recibió la noticia de que los trazados de las vías requeridos para la modernización de la ciudad no daban espera y que la centenaria construcción tendría que irse al piso. Esa fue la conclusión a la que llegó su amigo el arqueólogo Luis Duque Gómez, discípulo de Paul Rivet, quien sin dudarle atendió a su llamado y, muy en punto de las dos de la tarde, se hizo presente en su despacho.

Justo en el momento en que le confiaba su angustia, entró la llamada de la alcaldía notificándole que le daban un plazo de cuatro meses para llevar a cabo las excavaciones y salvaguardar el tesoro más grande de Santa Inés. Acto seguido, los dos hombres se dieron a la tarea de planear los trabajos.

Más tarde, y tras el compromiso que asumió Luis Duque antes de marcharse, Teresa se dedicó a poner en contacto a su jefe con algunos especialistas en Mutis y su Real Expedición Botánica. Desde ese momento se inició una frenética carrera contra el tiempo en la que la dupla de escuderos del Sabio Mutis se comprometió, desde orillas distintas, en una misma causa, a sabiendas de que de la diligencia y empeño que cada uno le imprimiera, dependía el éxito de la misión.

Las tareas estaban claras. Hernández de Alba se ocuparía de los permisos, de los aspectos logísticos y de recabar información

que pudiera dar señales del sitio exacto donde se encontraba la tumba del maestro de maestros. Por su parte, Duque Gómez asumía los trabajos propios de la exploración y excavación, que consistían entre otros, en la contratación de albañiles y oficiales, dibujantes de las piezas que se encontraran, fotógrafos, y otros especialistas que ayudaran al registro ordenado y minucioso de tan compleja empresa. Todo lo iba consignando en su diario de campo del que no se despegaba por ningún motivo pues sabía que cualquier detalle, por insignificante que pareciera, resultaría valioso para cuando llegara la hora de rendir su informe a la Academia de Historia.

A medida que pasaba el tiempo iban apareciendo personas que decían ser parientes de algunos de los difuntos enterrados en Santa Inés y que querían dar información sobre ellos y, al mismo tiempo, solicitaban que los mantuvieran al tanto sobre la exhumación de sus familiares. Entre ellos, por supuesto, aparecieron allegados lejanos de Mutis que no desaprovecharon la ocasión para comentar algún hecho que a su juicio les parecía significativo. Alguien, en un intento por demostrar su parentesco, contó en detalle que el Sabio siempre tenía a la mano un rosario unido en sus extremos por un monograma mariano del que pendía una cruz de oro. También fue necesario designar varios testigos como representantes de algunas autoridades religiosas, académicas y científicas para que se hicieran presentes en el lugar y fueran garantes de tan delicada obra a emprender. Allí se encontraba el erudito padre Mario Germán Romero, representante de la Curia Metropolitana de Bogotá, quien al encontrarse en el sitio próximo a demoler le expresó a Duque Gómez:

No es tarea fácil la que tiene entre sus manos señor antropólogo, no olvide que, de acuerdo con la tradición, las monjas dominicas





de Santa Inés están aquí todas sepultadas desde 1645, año en el que se dio al servicio el nuevo templo. También están aquí

– continuó mientras observaba la cantidad de trabajo que le esperaba a la cuadrilla- los arzobispos de Bogotá, Fernando del Portillo y Torresy Fray Juan de Arquinao.

Está usted en lo cierto padre, seguro aquí se encuentran más de cien tumbas.

Si, pero no es el único templo donde existen tumbas doctor Duque, hay que entender que durante la Colonia se tuvo por costumbre enterrar bajo el suelo de las iglesias algunas personas de las altas esferas de la sociedad, o bien a los benefactores que muchas veces incluían a sus hijos en sus peticiones testamentarias.

– Tiene razón, ciertamente nos espera demasiado trabajo. Además -agregó con un rostro de preocupación- estamos revisando los archivos de las monjas que aquí han vivido, pero la documentación existente sobre los entierros es poca. Solo se guardó memoria de algunos de ellos, como la de los fundadores del convento y de la madre Rosa Gertrudis de San José, de quien decían que era una “religiosa de gran virtud y santidad, enterrada en la misma iglesia, pero sin precisión del lugar donde se hizo la inhumación”.

El padre Mario le sonrió con benevolencia en la certidumbre de que quien estaba al frente de las obras tenía la suficiente pasión para hacer bien su trabajo. Sin embargo, a pesar de las recomendaciones de los familiares e incluso del padre Mario y los otros testigos que eran un gran respaldo moral, la prioridad del arqueólogo jefe era encontrar la tumba del Sabio Mutis a cualquier precio, entre otras cosas porque no se había puesto ningún epitafio o señal alguna que indicara el lugar exacto en el que se encontraba la tumba, de manera que iban a tener que

confiar en los presentimientos del doctor Hernández de Alba, que desde 1952 sospechaba dónde estaban los restos del Sabio y además había colocado una placa en la Iglesia en reconocimiento a los restos del valioso hombre que allí reposaba.

La mañana en que se iniciaron las excavaciones, Duque Gómez se dirigió amablemente a sus ayudantes presentándose como subdirector de la Academia Colombiana de Historia y director del Instituto Colombiano de Antropología, y aclarando que sería el arqueólogo jefe de la excavación. Quiso aprovechar la total atención que le prestaban sus colaboradores para hacerles las recomendaciones necesarias sobre la delicadeza que demandaban los trabajos y cómo el factor tiempo jugaba en su contra y podría entorpecer las obras, justo ahora que habían llegado las lluvias de noviembre. Atentos y a la expectativa muchos de sus interlocutores se preguntaban sobre lo que realmente iban a hacer en un templo a punto de ser demolido, pues no a todos se les había informado la razón de su contrato.

Señor, perdón -dijo un hombre bajo y de expresión temerosa - ¿porqué son importantes las tumbas que están aquí? ¿por qué no solamente demoler el templo y exhumar los cadáveres?

Gracias por su pregunta, señor...

Juan, doctor, Juan Calderón.

Señor Juan, bien. En este templo se encuentran los restos mortales de uno de los más eminentes científicos del siglo XVIII y es preciso que exhumemos su cuerpo como es debido. Deben saber que las excavaciones se inician hoy con deficientes medios de trabajo, y que las exigencias para que se aceleren los procedimientos por parte de los funcionarios de la alcaldía y de los contratistas que no comprenden la necesidad de que esto se haga con todo el cuidado, respeto y meticulosidad del caso,





nos plantea un reto de tiempo y eficacia. Por eso necesito la colaboración de todos ustedes...

Doctor Duque, hay mucha gente afuera...

Lo sé, por eso los procedimientos se realizarán siempre a puerta cerrada para que el público no interrumpa tan delicada misión. Así que -dijo concluyendo- teniendo todo esto claro deseo que disfruteneste trabajo y comencemos por favor.

Exultantes los hombres se dispersaron invadidos por la emoción que trae hurgar en el pasado, y pocos minutos después tuvieron que frenar su ímpetu de legionarios contemporáneos, pues las excavaciones solo se podían comenzar después de que fueran removidos y desmantelados púlpitos, altares y artesonado, para luego proceder a levantar el piso de baldosines que hacía muy pocose había instalado. En este preciso momento el arqueólogo jefe recordó que el suelo de la iglesia había sufrido varias transformaciones que tenían que ser removidas para poder llegar a las tumbas.

—Según los informes proporcionados por los arquitectos y otros estudios de suelo que hemos hecho, hay cuatro capas que debemos retirar antes de llegar a las tumbas -dijo Duque Gómez a su segundo al mando.

—Es preciso limpiar el área - le respondió Alfredo, señalando el altar y otros elementos que era preciso retirar, y volviendo a mirar el mapa que recién les había pasado otro de los oficiales.

Es cierto, entonces lo primero es comenzar a quitar capa por capa. Por favor, divida el grupo en tres para trabajar parejo en toda la iglesia. Un grupo se encargará de la parte superior donde se encuentra el altar, otro se ocupará de la parte media del templo y los últimos de la parte inferior que da a la salida principal.

Está bien doctor.

¡Ah! Otra cosa, Alfredo -agregó Duque Gómez-, cada grupo debe tener los picos y palas necesarios y asegurarse que otros vayan sacando los escombros en carretillas. Si hace falta alguna herramienta avíseme por favor.

Los primeros trabajos les tomaron casi dos meses así que, pasadas las festividades navideñas y con los bríos con los que se llega al primer mes del año, las obras se concentraron en los contornos de las tumbas y a los pocos días fueron apareciendo los osarios en lo que había sido el primer suelo que había tenido el templo de Santa Inés.

Tras la limpia por completo del terreno, se hizo un inventario de las tumbas que totalizaron 141 y el arqueólogo en jefe aprovechó para reunir a su gente y planificar otras acciones a partir de ese momento. Al tiempo que revisaba sus notas y el diario de campo que llevaba sobre las excavaciones, Duque Gómez iba demarcando cada una de las tumbas descubiertas en el templo.

¡Doctor! -gritó Alfredo al otro costado de la iglesia-, qué alegría verlo.

Querido Alfredo, también me da gusto acompañarlos de nuevo. Dígame, ¿pasó algo inusual en las excavaciones hasta el suelo primario?

— Ah, no señor -respondió el hombre rascándose la cabeza- de pronto fue una sorpresa hallar huesos de equinos y vacunos al lado de los cimientos de los muros laterales del templo...

Mmmm ¿eran muchos?

Bueno doctor más o menos, había algunos pocos cuando estábamos trabajando en los pisos secundarios y terciarios, pero





al llegar a los cimientos de las paredes, encontramos bastantes, ¿esto quiere decir algo importante?

No exactamente -respondió con autoridad el arqueólogo jefe, que por suerte había estado estudiando cuestiones particulares referentes a la construcción de los templos- los huesos más pequeños que encontraron, es posible que se trate de restos de comida dejados allí por los obreros que trabajaron en la construcción de esta iglesia... Hizo una pausa pensativa. Alfredo le estaba mostrando los huesos de equinos encontrados en los cimientos, que ya habían sido dibujados y fotografiados.

-Estos son muy probablemente producto de los sacrificios propiciatorios que se realizaban para la construcción en el momento en que se hacían los cimientos. Claro -concluyó sorprendido- si se tiene en cuenta que la mano de obra en la época colonial era en gran parte indígena y ellos aún tenían estas prácticas... de todas maneras lleven esto al laboratorio para corroborar esta hipótesis.

Alfredo se retiró y los demás ya se estaban preparando para almorzar cuando de pronto...

¡Fuego!

La cuadrilla, en medio del pánico, corrió a buscar refugio debajo del coro, mientras asombrados veían cimbrar, y a punto de caer, los muros del templo.

El arqueólogo jefe salió corriendo de la capilla acompañado de Alfredo para verificar qué estaba pasando. Pero no tuvo que avanzar mucho, al salir se encontró inmediatamente con el capataz de los contratistas de la alcaldía de Bogotá, quien les anunció que a partir de ese momento colocaría dinamita cada quince o veinte minutos para derribar los muros de cemento y piedra del edificio contiguo a Santa Inés, en el costado occidental.



– Señor por favor, eso no es posible, ¡aún nos falta mes y medio de trabajo!

– Precisamente por eso no le tocaré su Iglesia señor arqueólogo, dijo el capataz sonriendo malicioso, pero eso no me puede atrasar en la demolición de los otros edificios. ¡Hasta luego!

Duque Gómez entró con cara contrariada al templo, reunió de nuevo a los trabajadores y dijo:

-Señores, se nos está acabando el tiempo, ruego a Dios que no se caigan estos muros hasta que terminemos, pero sin duda tendremos que apurarnos.

¿Qué es lo que está pasando doctor?

– Van a poner dinamita cada 20 minutos para derribar los edificios contiguos, pero nada nos asegura que la iglesia va a resistir. Por esocada vez que escuchen el grito de “fuego” tienen que correr hacia la puerta. ¿Entendido?

Sí señor...

-Por favor, coman tranquilos, los de la dinamita en este momento también estarán en hora de almuerzo.

Todos se sentaron y en silencio comenzaron a comer.

– Mientras almuerzan quiero indicarles qué es lo que vamos a hacer ahora.

– Señor son muchas tumbas, ¿cómo vamos a encontrar la del doctor Mutis?

– No es tan sencillo, pero Hernández de Alba ha insistido desde 1952 que se encuentra relativamente cerca al altar por ser una persona importante de la época.

¿Y eso que tiene que ver? -preguntó un trabajador curioso.





Bueno pues, en aquel tiempo se creía que entre más cerca se estabadel altar cuando era enterrado un cadáver, más rápido iría a la presencia de Dios.

Ah, qué locura.

–No podemos juzgar las acciones pasadas, solo aprender de ellas... Muy bien -continuó-, no es solo Hernández de Alba el que afirma esto. Hay que tener en cuenta que recientemente Monseñor José Vicente Castro Silva, rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y los consiliarios, pidieron que de no ser posible evitar la demolición del templo de Santa Inés, les entregaran los restos de José Celestino Mutis, su profesor honorario, para que reposaran cristianamente en la Capilla de la Bordadita, y para ello también señalaron el lugar en el que creían que se encontraba la tumba. Estonos dice que la tumba del Sabio debe estar en el sector contiguo al altar o en frente de éste.

-Bueno, habrá que creerles -, expresó resignado otro de los trabajadores y luego agregó:

¿Entonces qué haremos?

–Monseñor Castro Silva también... dijo Duque Gómez haciendo una pausa y argumentando con determinación: Vamos a comenzar por ahí, necesito que nos concentremos en las primeras 30 tumbas que se encuentran alrededor del altar.

Entendido señor, dijo Alfredo. Esta misma tarde se comienzan los trabajos.

– Recuerden que deben tener a la mano brochas para limpiar los restos que se vayan encontrando, los decámetros para anotar las medidas y los diarios de campo.

–Sí señor, no hay problema.

Había pasado casi un mes, pero los avances de la excavación apenas si se notaban. El contacto con el suelo húmedo y la acidez de la tierra hicieron que los restos óseos, las maderas de las cajas mortuorias y las vestiduras de los difuntos se encontraran en alto grado de descomposición. No obstante, cuando se concluyó la excavación de la tumba número 16 se habían hallado restos parciales de algunos esqueletos, fragmentos de cuero pertenecientes a sandalias y zapatillas, muchos otros de hábitos, pedazos de hilo dorado, botones y clavos fabricados por un herrero en su fragua. Todo esto los llevaba a pensar que la mayoría de los entierros eran de monjas, aunque también se encontraron restos pertenecientes a niños y particulares...

Al otro día, cuando ya estaban listos para comenzar los trabajos en la tumba número 17 se apareció en la obra, nervioso y preocupado el doctor Guillermo Hernández de Alba, y sin sacar las manos de su gabán, dijo:

— Señores, vengo a decirles que nos queda poco tiempo, mejor dicho, escuestión de días. Sé cuánto amor y dedicación le han puesto ustedes a esta noble misión, pero para las autoridades de la alcaldía y los contratistas, nosotros somos el único estorbo para prolongar esta carrera décima que tantos dolores de cabeza me ha causado. Tengan cuidado con estas paredes, porque si se caen pueden ser nuestra desgracia al cubrir todo el trabajo que hemos hecho hasta ahora... feliz día para todos. Y dando la espalda se devolvió con la misma tristeza e incertidumbre con que había llegado.

La verdad es que los trabajos de la excavación eran los predilectos de Hernández de Alba, al punto que había descuidado otros asuntos de la Academia, decidido a no retomarlos hasta que la tumba de su maestro apareciera. Por esto, Duque Gómez lo mantenía al tanto de todos los detalles y del avance de las obras. Luego de su visita se intensificaron las labores.





Algunos días después, trabajando bajo la alarma de ¡fuego! uno de los albañiles que se distinguía por su entusiasmo le dijo a su compañero que creía con mucha seguridad que la tumba numero 20 era la que estaban buscando. Duque Gómez alcanzó a escuchar la conversación de los dos hombres, por lo que no pudo evitar intervenir.

Señor Erasmo, ¿por qué cree usted que esa es la tumba del Sabio?

Ah doctor, lo que pasa es que dentro de esa tumba encontramos un bloque de cal y el esqueleto está en muy buenas condiciones. Además -agregó mientras se metía una cucharada de arroz en la boca-, había restos oxidados de galones y otros adornos de las vestiduras hechos con hilo de cobre.

—Mmmm, estoy completamente seguro de que ese no es Mutis.

¿Doctor, y el bloque de cal no le parece muy extraño? Además, es la primera vez que encontramos uno como éste.

—Es cierto, dijo Duque Gómez, pero pudo haber sido que a este cadáver le echaron una gran cantidad de cal para lograr una mejor conservación del mismo, o tal vez fue una solución de momento para corregir una corrupción prematura en los huesos... incluso se hacía esto cuando la persona moría de una enfermedad contagiosa. Las otras evidencias científicas -concluyó- nos la dará el laboratorio en unos días.

Todos escucharon con respeto las explicaciones, terminaron de almorzar y en esa misma jornada concluyeron los trabajos de las tumbas 19 y 20.

El miércoles 13 de febrero, por alguna razón, todos llegaron más temprano de lo acostumbrado; tenían la firme convicción

que los hallazgos en la tumba 20 debían ser algún tipo de señal que les indicaba que ese día encontrarían la dichosa tumba del señor José Celestino Mutis.

Lo cierto es que, mientras los obreros terminaban de limpiar los espacios de las tumbas 21, 22 y 23, el arqueólogo jefe estuvo caminando alrededor del área demarcada con el número 21 y desde allí llamó a su asistente Alfredo Niño y le dijo: «mira la ubicación de esta tumba, se encuentra en un lugar privilegiado por estar frente al altar mayor y al lado de la epístola. Este debe ser el sitio señalado por el doctor Hernández de Alba y Monseñor Castro Silva, como el lugar más seguro donde deben encontrarse los restos mortales del Sabio Mutis»

—Ojalá que así sea, le contestó Niño.

Luego miró hacia el altar y se volvió hacia los trabajadores para decirles que después del almuerzo se comenzaría a trabajar en esa tumba. Iba a decir algo más, pero se arrepintió. Todos parecían muy expectantes, de manera que durante el almuerzo no se habló más del tema, aunque uno de los obreros manifestó que había visto al director entre preocupado y alegre.

Debe ser por lo que andan diciendo, le respondió su compañero, yante la extrañeza de sus contertulios, agregó:

Sí, andan diciendo que nosotros estamos buscando un tesoro que aquí enterraron las monjas durante el gobierno del general Tomás Cipriano de Mosquera.

¿Y luego qué pasó en el gobierno de ese señor?

¡Que ignorante eres! ¡Durante su gobierno se cerró el convento! Y mucha gente piensa que aquí se enterraron varios objetos de oro...

Hubo risas, y alguien dijo:





¡Qué no habrán dicho de nosotros durante este tiempo! ¡Pero que más nos da! Tenemos que encontrar esa tumba rápido...

¡Fuego!

Ante la voz de alarma todos salieron corriendo a la puerta mientras veían como uno de los muros de la capilla noroccidental se desplomaba hacia afuera.

¡Dios mío! ¿Qué está pasando? ¡Si se hubiera venido hacia este lado nos hubiera dañado todo el trabajo!

Duque Gómez, que estaba ese día almorzando con su esposa, fue informado del incidente, y tuvo que salir corriendo inmediatamente hacia la obra. Pero antes de dejar su casa telefoneó a Guillermo Hernández de Alba:

Doctor, tiene que conseguírnos más tiempo.

Cómo así, doctor Duque ¿qué está pasando?

Son los de la alcaldía señor, acaban de tumbar un muro del templo, no se dañó ningún trabajo afortunadamente, pero si siguen así no sabemos si podremos terminar...

Pierda cuidado señor arqueólogo, ya mismo hago unas llamadas.

Cuando Duque Gómez llegó a Santa Inés los trabajadores ya habían comenzado con la tumba número 21, y Alfredo le tenía otra sorpresa al jefe.

Señor, tiene que ver esto, le dijo guiándolo a donde se había desplomado el muro. Hemos encontrado -continuó cuando llegó al lugar- unos documentos que estaban incrustados en esta pared. Mire señor, es un pequeño libro y unos pergaminos.

¡Eh ave maría! Creía que ya habíamos revisado todo lo que estaba en el templo.

Duque Gómez los cogió con cuidado. Le interesó particularmente el pequeño cuadernillo escrito a mano. La letra estaba muy borrosa, pero lo sorprendió leer solo una frase «Los sueños sobre la tumba de mi amado tío José Celestino no cesan, y aún no encuentro respuesta...». Estaba impactado con esta inminente revelación, cuando...

¡Señor director! ¡Pronto! ¡Creo que la hemos encontrado! -fue un grito que todos escucharon y se acercaron a ver...

El arqueólogo jefe olvidó de repente el manuscrito revelador, lo dejó sobre una mesa y se acercó a la excavación. Habían llegado al metro de profundidad, cuando Duque Gómez logró ver los pedazos de madera de lo que había sido un ataúd, aunque tenía una cubierta metálica que había logrado conservar el cadáver en muy buenas condiciones, pero diferente a otros féretros cuya particularidad era su forro de zinc.

—Ésta es... susurró Duque Gómez, creo que la encontramos...- y una chispa de alegría se asomó en sus labios. Todos tenían una cara de asombro que los había paralizado. - ¡Por favor, señores! -de pronto gritó el arqueólogo jefe- ¡continúen! ¡Hay que terminarla de sacar hoy mismo!

Y mientras decía esto salió corriendo a buscar un teléfono...

Doctor la encontramos...

Salgo para allá inmediatamente...

El revuelo y las voces de alarma hicieron que el dibujante suspendiera su labor en otro extremo de la excavación y corriera hasta donde se suponía estaba el cuerpo de Mutis. Su trabajo era muy importante y vital en los trabajos arqueológicos y se tenía que realizar a mano alzada con toda la rigurosidad del caso. En ese momento, había llegado también José María Enríquez con su cámara Pentax a tomar las fotos correspondientes.





Hernández de Alba llegó a eso de las 3:30 de la tarde, su semblante había cambiado. Ya no tenía aquella expresión cansada y preocupada que lo acompañó durante cuatro largos meses desde que recibió aquella llamada con la noticia de la demolición del templo, se mostraba ahora alegre y lleno de expectativa, como todos le conocían. Encontró a Duque Gómez y los demás arqueólogos haciendo el reconocimiento del cadáver, los dibujos y las fotografías correspondientes. Todo estaba aún en su lugar, nadie había movido nada.

La cabeza estaba orientada hacia el este, ya que la tradición anunciaba que cuando Cristo resucitara vendría en esa dirección. Era un esqueleto en regular estado de conservación, vestido con los ornamentos sacerdotales con los que había sido enterrado por tratarse de un integrante del clero, y según la costumbre solo los sacerdotes y militares o algunas personas de recursos eran enterrados con bastantes ropas, puesto que el resto de los mortales eran sepultados con muy pocos atuendos en símbolo de renuncia y disposición a la resurrección de Cristo. Tenía un mechón de cabello blanco medio amarillento que denotaba la edad del fallecido alrededor de los setenta años y se podía ver un rosario de cuentas vegetales negras que se había resbalado por los huesos de las costillas, pero que aún no se había movido de su lugar para detallarlo mejor, y además se notaba que los huesos no se habían removido anteriormente. Hernández de Alba, emocionado, abrazó inesperadamente a Duque Gómez, quien también se conmovió hasta las lágrimas...

¡Lo logró amigo mío, esta es la tumba del maestro! ¡Esta es!  
¡Lo felicito!

Lo sé doctor, muchas gracias. ¿Cómo quiere que procedamos?

— Bien, ya he convocado una sesión solemne para el



reconocimiento público del hallazgo. Tiene tres días para explorar y determinar cada objeto que posee esta tumba.

Es perfecto, señor.

Hernández de Alba salió con una sonrisa en su rostro, y aunque las tumbas faltantes tenían que ser también exhumadas, la tarea principal ya estaba cumplida... Mientras tanto, Duque Gómez había ordenado trabajar hasta tarde y comenzar temprano al día siguiente. Ya luego les daría algunos días de descanso. Lo urgente era estar listos para la reunión con los representantes de las diversas instituciones que reconocerían públicamente los despojos mortales y el ajuar funerario del Sabio.

Cuando comenzaron a sacar los huesos, descubrieron un rosario que terminaba en un monograma mariano del que pendía una hermosa cruz de oro. Ahí fue cuando uno de los presentes, atando cabos, recordó lo que dijo, meses atrás, el familiar de Mutis. El Sabio siempre llevaba consigo, desde su juventud, una camándula con la que rezaba permanentemente.

-No creo que sea la única reliquia con la que lo enterraron -dijo Duque Gómez a los trabajadores-, miren bien por los alrededores del cráneo.

Señor, aquí hay otra cosa -respondió Juan sacando un bloque compacto que al parecer estaba compuesto por tres medallas de algunos santos.

Póngalo en la bolsa y llévenlo inmediatamente al laboratorio.

Sí señor.

Ya eran casi las doce de la noche y el arqueólogo jefe se dio cuenta de que sus hombres necesitaban descansar. Los mandó a sus casas con el compromiso de encontrarse a las siete de la mañana. Sin embargo, él no se fue, se quedó analizando el rosario





y aprovechó para revisar, con mayor cuidado, los informes del descubrimiento de la tumba.

– Señor, ¿se encuentra usted bien?

Duque Gómez se había quedado dormido en una mesa con un montón de papeles y fotografías de la tumba.

¿Qué hora es?

Señor son las siete y media de la mañana.

¡No me digás! Eh ave maría hombre -dijo con su marcado acento antioqueño mientras se levantaba de un golpe- sigan en su trabajo por favor, debo ir a la Academia.

Sí señor.

El sábado 16 de febrero a las once y media de la mañana, fecha que se había fijado para hacer público el hallazgo, se hicieron presentes más de 60 personas en representación de diferentes instituciones académicas y gubernamentales y con la misión de ser testigos del descubrimiento y reconocimiento de la tumba.

Entre ellos se encontraba el científico mutisiólogo Enrique Pérez Arbeláez, gran amigo de Luis Duque Gómez, quien al verlo lo saludó con un abrazo...

Es un gran placer verle querido Enrique.

Lo mismo digo Luis, ¡qué maravilloso encuentro!

Ah, ¡Mutis nos ha mantenido unidos!

¡Ja! ¡Lo felicito por este gran descubrimiento!

Pero antes de que Duque Gómez pudiera responderle, Hernández de Alba dio comienzo a la sesión solemne:

Buenos días a todos amigos y compañeros, ya saben el motivo de nuestro encuentro...

Y así, después de una exposición introductoria del director de la Academia de Historia, siguió la descripción de Duque Gómez sobre el hallazgo de la tumba y finalmente Enrique Pérez Arbeláez realizó una breve discusión sobre la verdadera identidad de los restos mortales del Sabio. Por unanimidad todos estuvieron de acuerdo en que se trataba de la tumba del célebre médico, científico y sacerdote José Celestino Mutis. Y aclarada cualquier duda, la reunión finalizó pasado el mediodía.

Había sido una ceremonia relativamente breve, pero la dimensión de su importancia no podía calcularse. Ahora los trabajadores debían continuar destapando el resto de las tumbas, mientras el arqueólogo jefe comenzaba a acordar algunas citas importantes con la certeza de que aún faltaba ocuparse de la documentación de rigor y el traslado de los restos del Sabio para ahí sí poder decir que el trabajo estaba hecho.

— Doctor Duque -le dijo Enrique Pérez al terminar la sesión mientras lo rodeaba con un brazo y caminaban juntos- tengo pensado hacer un libro sobre Mutis y la Real Expedición Botánica, ¿usted me puede ayudar con el mayor número de datos sobre el hallazgo? Quiero hacer un capítulo dedicado a la tumba perdida...

¡Ja! Mi querido amigo, solo tenías que pedirlo, me sería imposible negarte cualquier cosa...

¡Doctor! -gritó Hernández de Alba mirando a Duque Gómez y caminando hacia él-. Buenos días Enrique qué alegría verlo.

— Señor director de la Academia, eso mismo le digo...

Dígame doctor, dijo Duque Gómez luego de los saludos formales entre Enrique Pérez y el doctor Hernández, ¿qué sucede?





Doctor es que yo creo que es más prudente que me haga entrega de la cruz de oro del rosario ahora, por precaución lo dejaremos de una vez en la Academia de Historia, el resto de los objetos los puede llevar al laboratorio de la Universidad Nacional para los análisis que sean pertinentes.

Por supuesto... ¡Juan! -le gritó haciéndole señas para que se acercara- por favor redacte un acta de entrega de la cruz de oro al doctor Hernández de Alba, no podemos dejarla aquí.

Sí señor, claro que sí. Doctor -dijo mirando a Hernández de Alba- siquiere acompañeme para hacerlo de una vez.

Claro Juan, por supuesto. Señores -dijo mientras daba la mano a los presentes- nos vemos luego.

Doctor, ¿qué le parece si nos vemos el jueves a las cuatro de la tarde? – preguntó Duque Gómez a Enrique Pérez –. El miércoles tengo cita en el laboratorio para analizar algunos objetos que llevamos, así que el jueves nos podemos ver y yo le cuento.

¡Me parece excelente! Nos vemos entonces ese día.

–Muy bien doctor.

Y se despidieron con un apretón de manos, tomando cada uno su camino.

El miércoles, Duque Gómez llegó al laboratorio, recogió los informes más relevantes de los principales objetos que había llevado y se sentó con el especialista en metales:

Doctor, esto es muy particular, tres medallas que están muy pegadas, probablemente por el paso del tiempo

¿Y las lograron desunir?

Si doctor, se trata de tres medallas con un santo a cada lado. Probablemente se trataba de las devociones que tenía el difunto.

Bien, y dígame entonces ¿de qué santos se trata?

Bueno, primero encontramos a San Alberto Carmelita junto con la Virgen del Carmen -dijo mientras le iba mostrando al arqueólogo las medallas separadas y meticulosamente limpiadas-, luego está Santa Teresa de Jesús con San Juan de la Cruz y por último se encuentra San Camilo de Lelis junto a la Santa Cruz.

Duque Gómez estaba muy concentrado viendo las medallas, en especial la de San Camilo que era muy poco conocido, las tomaba delicadamente para analizarlas con una lupa.

Doctor Duque, le ha entrado una llamada al laboratorio.

¿Quién es? Solo el doctor Hernández de Alba sabe que estoy aquí...

Es él, señor, lo está esperando en la línea.

Duque Gómez se levantó dejando cuidadosamente las medallas sobre la mesa y se encaminó a atender la llamada...

¿Bueno?

¡Doctor Duque le tengo excelentes noticias! Acabo de recibir la llamada de Monseñor Castro Silva, él y el sacristán mayor de la Catedral Primada de Bogotá acaban de decidir el lugar de reposo temporal para los restos del Sabio.

¡Qué maravilla doctor! ¿Y dónde será?

En la basílica privada, al lado del Evangelio, en la Capilla de la Expiración, a poco más de dos metros de distancia del cuadro de San Camilo de Lelis. Es el sitio perfecto.

¿Qué? -respondió Duque Gómez, ciertamente consternado por la noticia- ¿Camilo de Lelis?

¡Si señor!





Duque Gómez nunca había escuchado hablar de aquel santo, y de repente se daba cuenta que en el mismo momento en que estaba reconociendo la medalla de San Camilo, uno de los santos de devoción de Mutis, Monseñor Castro Silva definía el reposo temporal del Sabio justo a unos pocos metros de los pies de una imagen del mismo santo. Era una extraña y muy poco común coincidencia, pero Duque intentó no prestarle demasiada atención.

Bueno doctor, realmente son excelentes noticias.

Si señor, por eso necesito que comience a trabajar en el traslado de los restos. Todo lo concerniente a las actas y a la entrega de lo que fue hallado en la tumba a la Academia Colombiana de Historia, debe estar listo lo más pronto posible.

-Claro señor, así será.

El arqueólogo colgó el teléfono, se dirigió una vez más al salón donde se encontraban las medallas, detalló de nuevo la de San Camilo y encargó a los especialistas tener todo listo con informes minuciosos y actas para la entrega a la Academia, en lo posible para antes del traslado de los restos a la catedral. Se colocó su abrigo y se disponía a salir, cuando vio en otra mesa el manuscrito que habían encontrado el día que se desplomó uno de los muros del templo, el mismo día que hicieron el hallazgo de la tumba del Sabio... recordó en ese momento que era un manuscrito demasiado valioso, así que lo tomó y se fue a Santa Inés.

Señor, aún no hemos terminado de analizar ese documento, le dijo uno de los auxiliares del laboratorio cuando lo vio saliendo con el manuscrito.

No importa, que quede constancia de que me encargaré de él personalmente. Hasta luego.

Llegó a Santa Inés a eso de las cinco de la tarde, había pasado todo el día en el laboratorio y los trabajadores ya se estaban yendo.

Buenas tardes señor, dijo Alfredo al verlo llegar.

Buenas tardes, ¿cómo va todo por aquí?

Muy bien, con el hallazgo de la tumba de don José Celestino Mutis ahora hemos adelantado más trabajo, ya estamos por llegar a la tumba número 50, es un gran avance. Concluyó mirando a su alrededor y moviendo su cabeza de arriba abajo en señal de afirmación a lo que acababa de decir.

Efectivamente así es, entonces creo que soy yo el que tengo trabajo atrasado ¿correcto?, dijo sonriendo a su asistente...

Pues señor, hemos hecho juiciosamente los informes y las actas de descubrimiento de cada tumba, así que solo falta su revisión y firma para archivar.

Está bien Alfredo, muchas gracias. Me dedicaré a este trabajo mañana en la mañana.

Hasta mañana doctor, que descanse.

Todos ya se habían ido. El trabajo era duro y aún faltaba ocuparse de más de la mitad de las tumbas, pero su equipo era muy eficiente, estaba seguro de que terminarían a finales de marzo. Él también se fue a su casa, hacía mucho que no pasaba tiempo con su familia y, aunque lo mataba la curiosidad por saber qué había en el manuscrito que había rescatado del laboratorio, esa noche se dedicó únicamente a su familia, así que dejó el documento en su maletín, se quitó el abrigo, saludó cariñosamente a Leonor, su esposa, y la invitó a cenar.

Ya eran más de las ocho del otro día cuando llegó...





¡Buenos días doctor!

¡Buenos días! Vengo a adelantar mi trabajo, ¡ustedes han estado muy juiciosos y soy yo el atrasado!

Duque Gómez quería revisar el manuscrito ahora, pero se propuso terminar de firmar las actas y los informes antes de verlo. Así que una vez más este se quedó en su maletín. Se quitó el abrigo, se arremangó la camisa, tomó su bolígrafo y se sentó en una mesa llena de documentos que esperaban su revisión y firma.

Doctor, son más de las tres...

Duque Gómez no se había parado del escritorio en todo el día, pero cuando uno de sus trabajadores le anunció la hora, recordó su cita con Enrique Pérez Arbeláez, así que le telefoneó y lo invitó a Santa Inés para que charlaran allí.

El padre Pérez Arbeláez era muy puntual, y a las cuatro en punto de la tarde entró por la puerta de la iglesia hecha pedazos y fue hasta la mesa que le servía de escritorio a Duque Gómez.

¿Buenas tardes amigo, cómo le va?

Qué bueno verlo -respondió Duque Gómez mientras se levantaba y le daba la mano a su amigo-, aunque quisiera recibirlo en un lugar más digno de su presencia...

Oh no, por eso no se preocupe, mejor charlemos... dígame ¿cómo va todo?

Siéntese aquí por favor -dijo Duque Gómez- colocando una silla frente a su escritorio para que Enrique Pérez estuviera más cómodo.

Gracias doctor, dijo sentándose en posición atenta, ¿cuénteme qué ha pasado?



Pues hemos llevado al laboratorio un núcleo algo compacto, en el que se encontraban unas medallas, las cuales fue necesario identificar, lo que efectivamente hemos logrado... y ha pasado algo muy extraño...

Duque Gómez se puso de pie, y a la vez que levantaba la voz, siguió hablando...

Doctor, esto es para sorprenderse, cuando estábamos limpiando la medalla donde apareció la imagen de San Camilo de Lelis, uno de los santos de los que era devoto Mutis, a esa hora, o mejor, en el mismo momento en que esto sucedía en el laboratorio, el padre rector del Colegio Mayor del Rosario y el sacristán mayor de la Catedral de Bogotá, definían el sitio en donde debía hacerse la fosa para el segundo entierro del Sabio, justo a un lado de la imagen de San Camilo.

Qué extraña coincidencia -exclamó el padre Pérez, aunque no pareció darle tanta importancia-, y luego preguntó: ¿y las otras medallas?

Pues bien -respondió Duque olvidando el incidente del santo- encontramos la de San Alberto Carmelita y la de la Virgen del Carmen.

San Alberto, mmmm, respondió Enrique Pérez pensativo, eso es un tanto extraño porque no es un santo muy reconocido. Era italiano y abrió en su convento de Palermo un pozo, cuyas aguas se tuvieron por medicinales para los enfermos de calenturas y para las mujeres embarazadas.

Mutis también trató las fiebres o calenturas en la Nueva Granada, dijo Duque Gómez, tal vez por eso era uno de sus santos de devoción.

Si, puede ser, aunque también es interesante Luis -continuó Enrique- que el siete de agosto de cada año, en los conventos





carmelitas se bendice agua para usos medicinales en recuerdo de este santo.

Bueno, pues esto que usted me dice me servirá para hacer mis informes, y entonces, ¿en cuanto a las otras medallas?

Pues bueno, la virgen del Carmen es la protectora de Cádiz... y ¿la última era de quién?

También estaba una con la imagen de Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz.

Ah, éstas nos demuestran que Mutis era un devoto del Carmelo...

Eso explicaría una banda color café con bordados dorados que también estaba con el Sabio cuando lo encontramos... ¿Es posible que se tratara de una insignia de la cofradía del Carmelo, no?

Creo que será algo que nos tocará averiguar más adelante, sin embargo, la cuestión de las medallas es muy interesante... consideraré todo esto para mi libro.

Ya tengo ganas de leerlo...

Duraron casi dos horas hablando de Mutis y de su tumba, de la vida del Sabio y de la huella indeleble que había dejado en el país, tomaron café y cuando el reloj marcó las siete de la noche, salieron y después de un afectuoso abrazo, una vez más cada quien cogió su camino. Duque Gómez llegó a su casa cansado, pero aún tenía mucho trabajo acumulado.

Te prepararé una taza de café, cariño, le dijo su esposa cuando lo vio encaminarse a su escritorio y colocar sobre él su trabajo retrasado, además de desocupar su maletín.

Gracias amor, lo necesito...

Entonces reparó de nuevo en el manuscrito dejado sobre su escritorio y ya no lo quiso aplazar más. Lo cogió, comenzó a tomarse la taza de café que le había traído su esposa, y se puso a leer...

«... el tío Mutis estaba de nuevo a los pies de San Camilo de Lelis, pero aun no entiendo qué tiene que ver con su tumba. Sé que mi hermana Justa está igual que yo, no sabemos por qué seguimos teniendo estos sueños, así que la Superiora nos ha mandado escribir este diario...»

Duque Gómez ya no pudo parar... se sumergió en el relato escrito por Bonifacia, una de las sobrinas del Sabio Mutis que junto con su hermana Justa habían ingresado desde muy niñas al convento y hacían parte de la comunidad religiosa del templo de Santa Inés.

“...Eran las cuatro de la mañana del domingo once de septiembre del año del señor de 1808, cuando Salvador Rizo salió con un farol en la mano para iluminar sus pasos en la noche bogotana, mientras pensaba que aquella noche era para él la más oscura de su vida y también de su alma. Partió de la Casa Botánica, caminó tres cuadras hacia el occidente y luego giró dos para el norte, donde estaba el templo de Santa Inés y el Convento en el que nos habíamos enclaustrado mi hermana y yo.

Salvador, albacea del tío don José Celestino Mutis, ingresó a la construcción de piedra y techo de madera, en la que resaltaba un arco estilo romano bajo el cual estaba la puerta que daba entrada al recinto sagrado, y vio allí, a esa hora de la madrugada, a una de nuestras religiosas, vestida con su hábito blanco y negro, presta para iniciar las primeras oraciones del día.

¡Vuestra caridad! -le dijo con la voz entrecortada y agitada-  
¿Podría hablar con las hermanas Bonifacia y Justa?





— En este momento no es posible, pero ¿le puedo ayudar en algo?

— Si hermana, por favor avísenles que su tío don José Celestino Mutis ha fallecido hoy a las tres de la mañana, respondió Salvador con un nudo en la garganta, lamentándose de no haber podido él mismo darnos la noticia y tal vez algunas palabras de consuelo...

— El señor le haya socorrido -le respondió la monja- y haciendo una breve inclinación se retiró en silencio.

Unos minutos después las campanas de la iglesia tocaron a duelo, mientras Salvador siguió visitando otros templos para llevar la triste noticia. Se encargó también de buscar un ataúd con forro de zinc y del tamaño del cuerpo de nuestro difunto tío, labor que no le fue nada fácil. Cuando regresó a la Casa Botánica, Ángela Gama, la mujer de Sinforoso Mutis, les había preparado chocolate caliente. Y mientras su esposo trataba de calentar su cuerpo y recuperar el ánimo con esta bebida, Francisco José de Caldas, en actitud nerviosa, se abotonaba y desabotonaba su abrigo negro, mientras que Jorge Tadeo Lozano miraba por el postigo de la ventana hacia la calle, viendo el vacío abismal que carcomía su alma y le hacía dudar de lo que le esperaba a su existencia.

De un momento a otro, Caldas levantó la voz y preguntó:

¿Cuál será el destino de la Expedición Botánica sin la guía y conducción de Mutis?

— Es muy incierta, respondió Tadeo Lozano, pero más incierto y breve es el destino de nuestras vidas, dijo mientras le echaba una mirada angustiosa a cada uno de los allí presentes.

El templo de Santa Inés, construido al estilo colonial se levanta sobre piedra maciza y tiene exuberantes decoraciones. Cuenta con más de cuatro puertas y cinco diferentes altares donde se

reza a San José, a la Virgen del Carmen, al Señor de los Milagros, a Jesús Nazareno y a la Virgen de los Dolores. Además, el altar principal está decorado con más de nueve santos sostenidos en una talla de madera bañada en oro, los cuales rodeaban el sagrario donde reposan el santo sacramento bajo un techo arqueado con decoraciones geométricas circulares. En resumen, es el lugar perfecto para que repose el cuerpo del tío. Mañana será sepultado en una fosa abierta en la tierra y sin revestimiento alguno.

Así se cumple su deseo de descansar en el templo aledaño al convento donde hemos vivido sus sobrinas.

Pese al dolor que embarga a las personas más cercanas, el sepelio no tendrá la emoción triste ni la participación masiva de acompañantes ya que Santa Fe de Bogotá se encuentra celebrando la jura de Fernando VII, y el pueblo tendrá que manifestar lealtad al nuevo rey por medio de diversas fiestas, festejando con voladores, toros y otros regocijos populares.

Durante el día, la Madre Superiora, una mujer robusta, de altura mediana y carácter fuerte y decidido, no se apartó de nuestro lado. Ya desde muy temprano convinimos en que veríamos el cuerpo del tío antes de ser sepultado, y en compensación por no haber tenido la oportunidad de encontrarnos con él desde que entramos al convento, se requiere esta despedida para sentirnos en paz con el alma de nuestro tío.

Nos reunimos en la iglesia y unos minutos antes de la inhumación, la Superiora, vio el momento adecuado para solicitar a Salvador Rizo nuestra petición. Con gentileza, éste la apartó con mucha discreción hacia un lado donde nadie más los pudiera escuchar, y en voz baja le dijo apenado:

— No se puede abrir el féretro, madre, pues no pude encontrar el cajón con forro de zinc para un varón alto y fornido que tanto





busqué, solo conseguí uno estrecho y corto, por lo que los pies se le salieron, y hubo que doblarlos por los tobillos, forzándolos hacia la derecha para poder acomodar el cadáver. Esta no es una imagen agradable, discúlpeme usted, pero no es posible cumplir la voluntad de las hermanas Justa y Bonifacia, lo lamento mucho.

La madre, perpleja y aterrada con la respuesta, solo se le ocurrió manifestar:

¿Y entonces?

Dígales -contestó Rizo- que murió en paz y fue revestido con sus ornamentos sacerdotales, y tiene el hábito de Dios, concluyó.

El hombre miró a la Madre con tristeza, suspiró y se apoyó en la pared de la iglesia agachando la cabeza pensando que realmente su maestro se había ido para siempre.

– Yo hablaré con ellas, dijo la Madre. Y haciéndoles una seña, nos apartó del grupo, y dijo:

Dice don Salvador, que no se debe abrir el féretro, pues el difunto ya está tranquilo y murió en santa paz. Además, su cuerpo que fue revestido con los ornamentos de la liturgia, ya se encuentra en presencia del Señor concluyó, mientras nos conducía hacia el convento en medio de nuestra incertidumbre y resignada tranquilidad.

Ya en la noche, luego de las oraciones de rigor, cada una nos retiramos a nuestros modestos aposentos para sumirnos en nuestros propios pensamientos mientras de vez en vez dejamos rodar algunas lágrimas por nuestras mejillas.

Me disponía a recoger las tijeras y un rollo de hilo que había utilizado en la costura cuando de repente apareció mi hermana Justa en actitud nerviosa.

¿Será que podemos estar tranquilas sin haber visto en su lecho de muerte a nuestro buen tío? Me preguntó con gran nostalgia en sus ojos mientras tomaba mis manos entre las suyas para sentir que nos teníamos una a la otra.

Yo estoy confundida y no me atrevo a hablar, pero tengo fe en las señales de la vida eterna, solo hemos de esperarlas querida hermana- le dije.

—Que así sea. Dijo Justa despidiéndose para retirarse a su celda, esperando que aquel dolor que sentía se esfumara entre los mundos inimaginables de los sueños...

Horas más tarde, supimos que después de las honras fúnebres, Francisco Javier Matis se retiró con un grupo de compañeros de la Escuela de Pintores a un ventorrillo que estaba ubicado al lado de su casa, en el Panteón de Las Nieves cerca de Monserrate, pues tenían la esperanza de apaciguar la pena tomándose unas cuantas totumadas de chicha. Era un local bastante humilde, un tanto oscuro y lúgubre, con pocas sillas y mesas, pero ideal para pasar aquel trago amargo que tenían en ese momento. Tanto es así que estando allí, cada uno recordaba algún momento memorable con su maestro, sabiendo que no sería posible volver a encontrar a alguien igual, y que su academia de pintores ya nunca volvería a tener la importancia que el Sabio Mutis le había dado. Así, al pasar del día en aquel lugar que se veía aún más oscuro y triste por la angustia que les embargaba, cada uno iba relatando con voz tenue y pausada en señal de luto, el recuerdo más sobresaliente que tenía de su maestro.

-Recuerdo el encuentro con Alexander von Humboldt -dijo Matis con lágrimas en los ojos y agarrando fuertemente la totuma con la chicha- uno de los más eminentes científicos de este siglo. Pues yo, siendo un muchacho pobre en el pueblo de Guaduas, nunca hubiera imaginado que se me concedería tal honor, si no





hubiera sido porque don José Celestino me aceptó en su equipo botánico en 1783... y tampoco olvido aquellos momentos -agregó tomando un largo sorbo del líquido embriagador- cuando experimentábamos con las serpientes venenosas en San Sebastián de Mariquita, al verlo tan preocupado por mi vida después de haberme dejado morder por una Talla X para demostrar los posibles efectos antiofídicos de aquel bejuco llamado guaco morado.

-Comprendo su dolor y no tenía idea de lo de la serpiente en Mariquita, le respondió Juan Francisco Mancera, el pintor de Soatá. Aunque mi recuerdo en el taller de pintores, viendo al maestro Mutis con aquella angustia porque cada lámina fuera tan perfecta, tan perfecta que pareciera de verdad como nos la mostraba la naturaleza, también me causa gran nostalgia... "Cada lámina me cuesta más de mil suspiros", será la frase que siempre se conservará en nuestra memoria -dijo con tristeza- así como los consejos que nos dio a su sobrino Sinforoso y a mí, esos que valen tanto o más que el más grande de los tesoros.

Y mientras ellos seguían recordando entre suspiros aquellos tiempos que no volverían, la ventera los miraba con recelo al ver sus rostros tristes y desanimados en pleno día de fiesta. Entre la limpieza de una y otra mesa, acomodando sillas y sacudiendo el polvo, la mujer logró acercarse al desconsolado grupo, y les preguntó:

¿Por qué esas caras largas señores, no se enorgullecen de nuestro nuevo rey?

-Ay mi señora, contestó Agustín Gaitán, otro integrante de la escuela de pintores, ¡si supiera que hoy hemos enterrado al gran inspirador de las escuelas iconográficas de nuestro siglo, uno de los más importantes científicos y el más grande maestro de la ilustración aquí en la Nueva Granada, sabría la razón de nuestra nostalgia!



Muy apenada la mujer presentó disculpas y se retiró mientras se preguntaba quién sería ese personaje tan importante del que hablaban aquellos hombres.

A propósito -dijo Francisco Escobar Villarroel - ¿no podríamos pintar sobre su tumba, a manera de epitafio, una mutisia o una pasiflora?

No, respondió Matis, es mejor que el doctor Caldas escriba el epitafio, aunque debe ser muy bien pensado, y quien sabe si las ocupaciones se lo permitan, o le alcance la vida para hacerlo, uno nunca sabe.

Uno nunca sabe, es la verdad -concluyó Nicolás Cortés, tomándose un sorbo de chicha- porque se avecinan tiempos difíciles para nosotros al ya no contar con don José Celestino, y para España en estas tierras, gracias a la ilustración que él nos permitió desde su inmensa biblioteca.

En un comienzo visitábamos la tumba del tío Mutis casi todos los días, sin embargo, el 1 de noviembre de 1808, comenzaron una serie de acontecimientos a los que no se les encontraba ninguna explicación. Esa noche, mi hermana Justa tuvo un sueño que le atormentó un poco su apacible y organizada vida en el convento, y esto hizo que, durante las horas de intimidad que cada monja tenía con el Santísimo Sacramento, buscara un momento para hablarme en frente de la divina figura como testigo de sus preocupadas confesiones.

—Hermana Bonifacia -me dijo con ansiedad- disculpe interrumpirla en este momento de oración, pero me apremia hablar con vuestra caridad.

¿Qué es lo que le angustia querida?, le pregunté.





Verá usted, es que he soñado algo bastante extraño con el tío Mutis, y no estoy muy segura de qué es lo que debo pensar o cómo debo interpretarlo. ¿Podría ayudarme?

¿Qué es lo que ha soñado? -le dije intrigada- ¿Y por qué es extraño?

¡No se preocupe, recuerde que estamos bajo la paz del Señor!

-Hermana mía, le ruego su atención, porque más que un sueño lo que he visto es más bien una revelación y lo digo por la claridad con la que he visto las cosas, o más bien tendría que decir, las almas que vi en los alrededores de la tumba del tío.

¿Qué tan segura está vuestra caridad de que lo que vio en el sueño, sucedió en la tumba del tío? porque tenga en cuenta que bajo el piso de la capilla existen muchas tumbas, entre otras la del alférez Juan Clemente de Chávez, el fundador del convento, quien además pidió en su testamento que todos los miércoles de cada año en honor a Nuestra Señora del Rosario se celebrara sobre su sepultura una misa cantada- le repliqué.

-Si, lo tengo muy presente -dijo Justa preocupada por mi incredulidad- pero lo mío es muy claro, estoy muy segura. ¡Miré hermana!, yo vi unas personas vestidas con el hábito de las carmelitas acompañando la tumba del tío. Para continuar, Justa unió sus manos en actitud de plegaria, vi en ese momento también a la santísima Virgen del Carmen y a Santa Teresa de Jesús.

Entre asombrada y confundida le tomé las manos en señal de afecto y le dije:

-Tranquila, no me sorprende lo que ha visto vuestra caridad, porque la Virgen del Carmen es muy querida por los gaditanos y la Madre Teresa de Jesús era muy admirada por el tío. ¿Pero no ha visto usted a alguien más?

-Claro que sí -respondió Justa- y uno de ellos estaba escribiendo mientras que el otro bendecía el agua en tinajas grandes parecidas a las que hay en la cocina.

-Entiendo -le dije mientras me la quedé viendo y pensando. Luego ella agregó -esos monjes pueden ser San Juan de la Cruz, que pasaba sus horas de oración y meditación escribiendo bellos versos y perfeccionándolos para honrar a Dios, y San Alberto Carmelita porque eran santos de la devoción del tío.

En ese momento se oyó un toque de campana y tuvimos que entrar en silencio y en total recogimiento como lo establece la regla del convento para las oraciones comunitarias, así que inclinamos un poco la cabeza y nos dirigimos hacia el refectorio, yo con la imagen del sueño de Justa en mi mente y sin poder apartarlo de mi pensamiento por muchos días.

Un tiempo después, la madre Superiora sor Angélica de la Santa Faz, durante un momento en el que compartíamos, contó que la vecina y benefactora María Dominga Aldana le había manifestado que desde su casa había visto salir unas llamas de la capilla en las horas de la madrugada. Y que la señorita María había preguntado si en la tumba del padre Mutis no habría objetos de oro, porque ella antes del doce de septiembre nunca había visto una iluminación a esas horas en el templo de Santa Inés como las estaba viendo en los últimos días. Según la Superiora, la buena vecina también afirmaba que sus antepasados le habían enseñado que donde hay oro y metales se ven llamas, para anunciar que deben desenterrarse y así liberar el alma de quien las hubiere enterrado para que vaya al cielo. No obstante, la Superiora logró tranquilizar a María Dominga cuando le dijo que el padre Mutis había sido enterrado con los ornamentos que le corresponden a un sacerdote, y que ella en ningún momento había visto en el féretro ni oro, ni metales, ni cosa parecida. Cuando la Superiora





continuó con otro tema para poner punto final a las supuestas visiones de la vecina, Justa y yo nos miramos sorprendidas pensando que estos acontecimientos podrían estar vinculados a los sueños de mi hermana.

Transcurrió así un año, y Justa soñaba todos los días lo mismo, tanto, que ya se había acostumbrado. Pero llegando el mes de agosto, la Madre Superiora me encargó, junto con mi hermana Justa el arreglo y la decoración de la Iglesia para el próximo 11 de septiembre, cuando el padre Fray Diego García celebraría la misa de aniversario del padre Mutis. En efecto, las dos trabajamos en el huerto, teniendo especial cuidado por las flores que se cortarían el día 10 de septiembre en las horas de la mañana para ponerlas en los jarrones con agua. La noche anterior a la celebración yo misma tuve el mismo sueño de mi hermana, así que desperté sobresaltada y ya no pude volver a dormir.

Mi hermana Justa notó las huellas de mi insomnio y según me dijo me veía ojerosa y pálida, pero creyó que se debía a la preocupación que tenía porque la celebración religiosa del 11 saliera muy bien.

Ante la insistencia de Justa por averiguar lo que me pasaba no tuve más remedio que confiarle que yo también había tenido el mismo sueño que ella había tenido durante largo tiempo. Aunque Justa trató de no dar crédito a mis palabras, si se sintió aliviada porque sospechaba que yo nunca había creído del todo sus relatos.

Caí en tal estado de postración que no tuve más remedio que acercarme a la Madre Superiora y pedirle me concediera la gracia de confesarme con el padre Fray Diego García al otro día cuando visitara el convento.

La Superiora vio esta solicitud como algo normal, pues se trataba de un religioso que fue un gran amigo y colaborador del

doctor Mutis en la Expedición Botánica, y hecha esta consideración me dio su aprobación. Fue la misma Superiora la que concretó con el padre Diego el momento de la confesión, la cual se llevaría a cabo a las dos de la tarde después de la celebración.

Esperé al padre rezando el rosario, mientras miraba constantemente el frente del templo decorado con enormes imágenes que llenaban la pared, todas ellas rodeadas con un fino borde bañado en oro queriendo imitar el estilo barroco de otras iglesias de la ciudad. Santo Domingo de Guzmán y Santa Inés de Montepulciano acompañaban a cada lado el sagrario, que era una pequeña cajita con baño en oro y diminutas inscripciones gráficas del pan y las uvas en los que se había quedado el Salvador para siempre en la tierra con los hombres y mujeres de fe. El altar era en piedra, grande y liso, siempre con un corto mantel blanco que las monjas cambiábamos cada ocho días.

Yo seguía orando y a la expectativa de en cuál de los confesionarios me iría a escuchar el padrecito. Muy puntual, él entró a la iglesia y al verme se dirigió al segundo confesionario de la derecha del altar hasta donde nerviosa me acerqué y me puse de rodillas. Luego de contestar las preguntas de rigor, comencé a hablar a través de la rejilla con un poco de temor que el confesor advirtió, por lo que me dijo, en voz pausada:

—Hija, tiene que tranquilizarse, la noto muy nerviosa y no olvide que estamos en la casa de Dios y aquí nada malo puede haber. Hable pues hermana con mucha confianza en la misericordia del Señor.

—Padre mío, le ruego disculpe mi torpeza, pero he tenido un sueño muy extraño que me está atormentando porque no logro entenderlo. Y luego de una larga pausa continué -Padre, yo vi sobre la tumba del tío José Celestino a un sacerdote de





hábito negro con una cruz de color carmesí en el pecho, el cual era ayudado por otro religioso también de hábito negro, pero sin cruz alguna, y a su lado el padre Mutis atendiendo a un grupo de enfermos moribundos... Agitada y con la respiración entrecortada me detuve.

– Continúe hija, por favor.

– Padre, estoy tan segura de lo que le estoy diciendo, porque yo lo veía en ese momento desde el altar donde estaba colocando las flores. Era aquí mismo donde yo vi todo lo que le estoy contando. Pero padre, lo más extraño es que también vi cómo el padre que llevaba la cruz carmesí en el pecho, siendo ayudado por otras personas, se llevaba el cuerpo inerte de mi tío para otra iglesia más grande y lo colocaba a sus pies, era como si quisiera protegerlo o cuidarlo. No sé quiénes son los que están allí padre, pero me alivia contárselo a alguien.

Fray Diego absolvió a la monja y procedió a interpretar el sueño.

– Hija -le dijo con toda tranquilidad- lo que me has contado no es más que una celestial realidad de uno de los tantos momentos que vivió el Sabio Mutis como médico generoso que fue en lugares donde muy probablemente escaseaban los galenos. El padre de la cruz en el pecho es San Camilo de Lelis, fundador de una comunidad de religiosos que atiende a los enfermos en los últimos momentos de vida, por eso son llamados los “camilos” o “padres de la buena muerte”. Y el otro padre debe ser Miguel de Isla, de la orden hospitalaria, médico y compañero del doctor Mutis en sus trabajos con los enfermos, a quienes atendía con tanto amor y dedicación, muy especialmente a los menos favorecidos. Su tío, para mí, fue un Camilo nuestro, porque además fue devoto del santo y soy testigo, no solamente de sus trabajos como científico sino también de su labor curativa en este

reino donde, según él, proliferaban curanderos irresponsables a quienes recurría el pueblo.

—Padre, y ¿por qué San Camilo se llevaba a mi tío de la tumba sin identificar de Santa Inés para otra Iglesia?, pregunté extrañada.

—No lo sé hermana, respondió Fray Diego. Pero le pediré al Espíritu Santo que me ilumine porque en este momento vuestra caridad me perdonará, pero soy incapaz de interpretar esa señal.

Después de la confesión, los dos nos dirigimos a la tumba del sabio y arrodillados frente a ella, oramos por su alma. Al salir de la capilla, me despedí del padre confesor haciéndole una genuflexión a la cual él le respondió con una ligera inclinación respetuosa. Siendo esta la última vez que lo vi.

Luego de aquella confesión que compartí con mi hermana seguimos inmersas y sin mayores preocupaciones en nuestra actividad monástica. A medida que pasaba el tiempo se construyeron más iglesias con conventos, y al lado de éstos las casas que harían parte del crecimiento de la capital. Así, a pesar de la rigurosidad del monasterio, las monjas no estábamos del todo incomunicadas con el mundo exterior, pues los parientes que visitaban a las religiosas muchas veces nos traían noticias. Una de ellas, y la que tal vez más nos impresionó, fue la de los fusilamientos de algunos discípulos del Sabio como el médico militar Jorge Tadeo Lozano, quien en la Expedición Botánica se ocupó de los temas de zoología; el geógrafo y naturalista Francisco José de Caldas y el mismo Salvador Rizo que se había encargado de su entierro, ajusticiamientos ordenados por el régimen español a causa de sus ideas independentistas.

También llegaban visitantes a orar en el templo, pues era de conocimiento público que el sostenimiento de una iglesia incluía





también el mantenimiento de una lámpara de aceite encendida frente al sagrario, que significaba la presencia de Jesucristo en ese lugar. Esto hizo que la iglesia también fuera visitada por muchos laicos que allí querían orar, incluyendo un benefactor que conoció al Sabio Mutis, de mediana estatura, piel morena y ojos cansados, quien, al llegar al templo solicitando compañía de una religiosa, fue acompañado durante su visita por mi hermana Justa, que al percatarse de las intenciones del misterioso invitado de conocer al que había considerado un buen amigo, le guio hasta donde se encontraba la tumba.

– No tiene epitafio, dijo el hombre.

– No, contestó Justa... y ya ni lo necesita, estaba previsto que lo realizara uno de sus discípulos más allegados, pero lamentablemente Caldas ha sido asesinado antes de poder terminarlo.

¿Por qué afirma que no lo necesita?

– Ya todo el mundo sabe que aquí lo cuidamos con nuestras oraciones.

– Así es, dijo el visitante, pero no olviden...

¡Ay del que muere! Los vivos hablan de él por quince días, al mes lo recuerdan pocos, y al año todos lo olvidan.

Luego de pronunciar esta copla del saber popular, el visitante agradeció la compañía a la hermana Justa, le dio su sentido pésame y echándose la bendición frente a la tumba rezó una corta oración indescriptible, y se marchó. Sin embargo, Justa no quedó muy contenta con lo que había dicho el hombre, por lo que cuando nos encontramos, me contó lo sucedido, a lo que yo fruncí los hombros en actitud de indiferencia.



– Eso no debe preocupar a vuestra caridad, porque sería muy difícil que al tío que fue un gran maestro lo puedan olvidar tan fácilmente

– le dije.

– Verdad que sí, dijo Justa. No sé por qué se me olvidó que el tío fue un gran maestro, y para honrar su vida bastaría mirar su obra en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, el grandioso trabajo de la Expedición Botánica a la que consagró el más grande amor y dedicación e incluso su inigualable biblioteca, la más ilustrada de todo el Nuevo Reino de Granada...

Luego de decir esto Justa volvió a recordar aquel sueño que había tenido sobre su tío y, sin decir palabra alguna, deseamos con absoluta convicción que la obra del tío nunca fuera olvidada, y que algún día el epitafio no sería un problema para reconocer la importancia de aquella tumba, donde reposaba el más grande sabio de estas tierras. De común acuerdo salimos a visitar la tumba. Durante el recorrido pasamos por una pila de agua bendita, y al llegar al lugar donde reposaban los restos del tío, nos santiguamos, rezamos una breve oración por él y siendo tarde en la noche, no tuvimos más ocasión de hablar así que nos deseamos las buenas noches, y nos encaminamos a nuestros respectivos aposentos.

Los sueños y experiencias vividas no caerían en el olvido, pues al ser tan recurrentes y vivaces, la Madre Superiora nos sugirió transcribirlos en un diario compartido, para que cada una de nosotras pudiera registrar sus particulares vivencias en lo que respectaba a la tumba del tío con la esperanza de que se conociera y venerara la última morada del más grande y apasionado investigador que había llegado a estas nuevas tierras.





## Visiones y hallazgo de la tumba del sabio **MUTIS**



Foto: Alejandra Zapata - Utadeo

Y a esta tarea nos consagraremos hasta que nuestro tiempo en este mundo expire y vayamos al reino celestial para reencontrarse con el tío por toda la eternidad.”

Luis Duque Gómez leyó varias veces las últimas líneas consignadas en el diario de Justa y Bonifacia, respiró profundo y en su mente se fueron aclarando los acontecimientos que hasta hacía algunas horas parecían inconexos o simples coincidencias. Cada sueño, cada inquietud, cada sentimiento de las dos hermanas religiosas, las sobrinas de Mutis que más de un siglo antes predijeron lo que estaba pasando, lo que él estaba haciendo y lo que había encontrado. Ellas no habían visto a su tío en el entierro, pero soñaron cada detalle, prenda y reliquia con la que estaba, e incluso supieron qué sería de sus restos después de salir de Santa Inés.

Le dieron las seis de la mañana terminando de leer tan extraño manuscrito, estaba aterrado, sentía un temblor en su cuerpo y un frío recorriendo su espalda. No sabía qué pensar, hasta el detalle del traslado ante la imagen de San Camilo de Lelis en la Catedral Primada de Bogotá estaba en ese pequeño diario que llevaba más de cien años de estar guardado en un muro del convento, y ¿ahora? ¿qué debía hacer?, ¿debería reportar este hecho insólito a las autoridades académicas?, ¿debería archivar el documento y olvidarlo? Sin duda alguna esto era algo sin precedentes, pero él era un científico reconocido, y esto ... solo la evidencia de que había algo más que nunca nadie podría explicar y que, por lo tanto, él mismo decidió olvidar.

Tomó una ducha rápida, guardó el manuscrito en su maletín de nuevo y salió a trabajar. Cuando volvió de almorzar, después de una intensa inquietud por no saber qué hacer con el manuscrito, revisó sus papeles y su maletín... el diario había desaparecido, y él ya nunca tendría la oportunidad de hablar





de esto a sus colegas. El diario había cumplido su misión, al fin alguien había entendido la razón de los sueños de Justa y de su hermana Bonifacia, y al parecer su presencia en este mundo ya no era necesaria...

Entre estos acontecimientos y los desesperados trabajos en Santa Inés, llegó el día en el que los restos de Mutis se guardaron en una urna que se llevó al Observatorio Astronómico que había sido obra del mismo Mutis, para desde allí ser trasladados en solemne procesión a la Catedral Primada. Ese día era el 15 de marzo de 1957, cuando Monseñor Castro Silva concelebró la misa por el difunto maestro y expresó, recordando el acuerdo ya enunciado, que el Colegio Mayor del Rosario esperaba terminar los trabajos de restauración de la Capilla de la Bordadita para allí depositar definitivamente los restos de Mutis.

La celebración fue con todos los coros y dádivas, cientos de personas asistieron a la Catedral en memoria del Sabio, y esta se inundó de rosas rojas y blancas, que exhalaban un aroma celestial que embriagaba a los presentes. La urna con los restos se depositó como lo había predicho la hermana Justa: a los pies de San Camilo de Lelis, en un espacio bendecido, en espera del lugar que los protegería a perpetuidad. Y mientras tanto muchos lloraron y otros rieron, pero este no sería el final de la historia...

Esa espera duró seis largos años, y el 10 de agosto de 1963 la urna que contenía las cenizas del Sabio fue cubierta al fin con la bandera de Colombia, y fue trasladada de la Catedral Primada hasta el claustro del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, custodiada por los colegiales, la Academia Militar San Jorge y escoltada por una multitud que le hacía calle de honor, entre quienes se encontraban autoridades científicas, gubernamentales, de la Iglesia, de las fuerzas armadas y miembros de la diplomacia. La urna fue conducida con respeto y admiración hasta la Capilla de

la Bordadita, donde fue recibida por los expresidentes rosaristas Eduardo Santos y José Antonio Montalvo.

Monseñor Castro Silva conducía emocionado la ceremonia hasta que la urna fue depositada en el mausoleo que allí había construido el artista italiano Giulio Corsini. Unos momentos antes de introducirla en donde jamás sería destapada de nuevo, la urna se abrió un momento para depositar en ella un ejemplar del acta suscrita en la Catedral Primada, donde la Academia Colombiana de Historia le hacía entrega al Colegio Mayor del Rosario de la urna que contenía los restos de José Celestino Mutis, para su custodia a perpetuidad.

Y estando allí, el doctor Santos luego de leer el epitafio que había escrito el rector Castro Silva, en voz baja le dijo:

Monseñor, este fue el epitafio que debió haber escrito el Sabio Caldas.

Así es.

Efectivamente, dijo Enrique Pérez Arbeláez, acercándose a ellos con los ojos llorosos: por fin tuvo epitafio este capitán y maestro de la naturaleza.

—Era lo que esperábamos -dijo Hernández de Alba a Duque Gómez...

Y todos se encontraban unidos allí, en el último paraje de uno de los más grandes hombres de la Nueva Granada, mientras dirigían sus miradas llenas de lágrimas al texto escrito sobre el mármol del sepulcro....

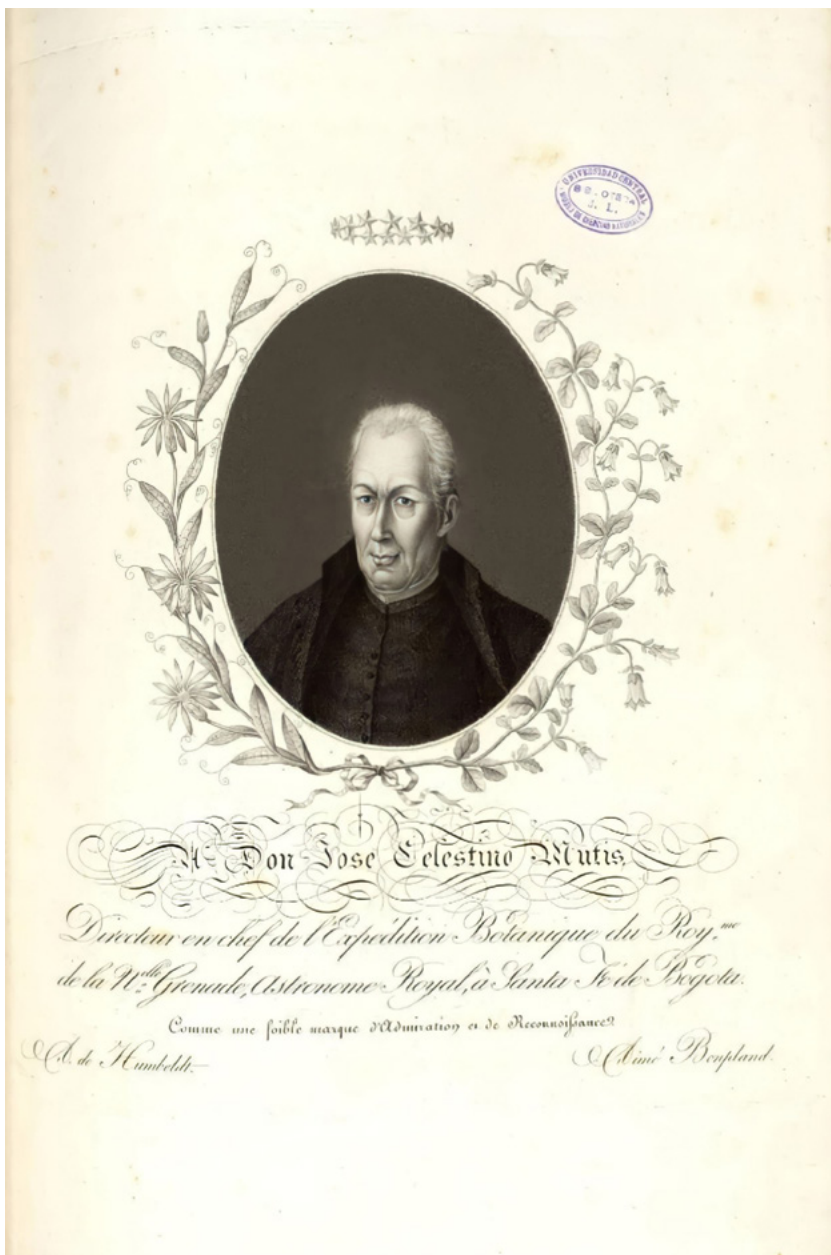
“El Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

A Don José Celestino Mutis Varón justo y Sabio

Que dejó renombre inmortal Como intérprete de la naturaleza

Y maestro de investigación renovadora” ■





"Don José Celestino Mutis. Director en jefe de la Expedición Botánica del Reino de la Nueva Granada, Astrónomo Real en Santa Fé de Bogotá. En calidad de una débil marca de admiración y reconocimiento de A. de Humboldt y Aimé Bonpland". Humboldt, A. y Bonpland, A. Voyage de Humboldt et Bonpland - Plantes Équinoxiales. Paris: Schoell, 1808, tomo I, p. 235. Tomado de la Biblioteca Digital del Real Jardín Botánico de Madrid, en: <https://bibdigital.rjb.csic.es/viewer/14415/?offset=2#page=3&viewer=picture&o=bookmark&n=0&q=>





Comisión  
MUTIS



**UNIMINUTO**  
Corporación Universitaria Minuto de Dios  
Educación de calidad al alcance de todos  
Rectoría UNIMINUTO Bogotá Virtual y Distancia